

El miedo a lo desconocido

Pedro Díaz Méndez

Los hombres temen a la muerte, así como los niños temen a la oscuridad. De la misma manera en que el miedo a las penumbras crece durante la infancia — al escuchar historias de fantasmas y de brujas—, todo adulto siente una insondable aprensión por los factores incognoscibles que emergen a lo largo de su existencia, siendo la incógnita de la muerte una de las tantas expresiones del furtivo lado de la vida. Cuando tenía diez años me operaron de amigdalitis. Era la primera y última vez, hasta el día de hoy, en que aplicarían anestesia general sobre mi organismo.

Recuerdo vívidamente el espectro de aquella enfermera alta y delgada de malévola sonrisa, cuya misión era la de aplicar una inyección sobre la nalga. Debería permanecer acostado y relajado en la camilla mientras me trasladaban de mi habitación al salón de cirugía, sin embargo, me reclinaba, trataba de ver todo lo que acontecía en mi entorno durante la agónica trayectoria. Formulaba incesantes preguntas al tiempo que el personal médico realizaba su trabajo. ¿Iba el ascensor en el que me llevaban al cuarto de operaciones? ¿Cómo era la terrible cámara? ¿Iban a ponerme a dormir? Ansiaba conocer cada pequeño detalle, rehusaba relajarme lánguidamente sobre las tibias y blancas sábanas de la cama portátil, no permitía que el primer calmante indujera el apacible sueño que ameritaba el momento. Aún cuando estaban a punto de colocarme la máscara para administrar el éter, urdía yo preguntas impertinentes. Estaba tan tenso que, de algún modo, el anesthesiólogo terminó aplicando una pequeña sobredosis del poderoso calmante sobre mi cuerpo. Despertaría diez horas más tarde. De regreso en la habitación del hospital el olor a éter (mi madre cuenta) la puso en manos de Morfeo. Una vez le pregunté a un doctor si una sobredosis de éter podía afectar nocivamente el funcionamiento del cerebro. Inquirí: “¿Fuera yo más inteligente si no me hubieran puesto esa sobredosis de anestesia?” A lo que el galeno replicó: “Estoy sorprendido de que todavía pueda usted caminar y hablar.” Con razón no he podido solucionar todos los misterios del universo (por culpa de aquella maldita sobredosis). ¡Pues estoy casi seguro de que fuera un genio de no haber perdido tantas células cerebrales!

Ya en serio. La ciencia psicológica argumentaría que el móvil de mis preguntas, el querer saber todo lo que acontecía a mi alrededor antes de la operación era una simple manifestación natural de miedo— del irresistible miedo a lo desconocido. Acaso, ¿ es esa la razón por la cual Saint-Exupéry dijo alguna vez que el hombre se imagina que es la muerte a lo que teme, pero que en realidad teme a lo desconocido? Algunos antropólogos afirman que el miedo a lo desconocido es el motor que impulsa al hombre a explorar los espacios físicos y metafísicos que permean su propio ser y el universo que lo rodea. El miedo a lo desconocido es, con toda certeza, una poderosa corriente

subterránea que incita la disquisición científica. La búsqueda epistémica y el método dialéctico emergen de las profundidades del subconsciente, de ese abismo ininteligible que nos aterra a cada paso de la existencia.